

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

# LAS AURAS DE LA INDEPENDENCIA Ó EL EXTERIOR DE UNA VICTIMA



MAUCCI H<sup>OS</sup> MEXICO

**BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO**  
**TERCERA ÉPOCA**  
**DESPUÉS DE LA CONQUISTA.—EL VIRREINATO**

---

**LAS AURAS DE LA**  
**INDEPENDENCIA**

Ó EL

**EXTERTOR DE UNA VÍCTIMA**

por

**HERIBERTO FRIAS**



**MÉXICO**

**Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1**  
**1900**

---

**Propiedad exclusiva de los se-  
ñores Maucci Hermanos.**

---



# Las auras de la Independencia

Ó EL

## **EXTERTOR DE UNA VÍCTIMA**



Nos encontramos en la época más angustiosa y más terrible, puede llamarse de la época en que á México dominó el poder de los virreyes...

Los episodios y las aventuras que se verificaron en aquellas jornadas son dignas de estudio, mucho, muy dignos de ser observados amigos amables, porque se ven en todos esos episodios lo que era la antigua sociedad que

engendró muy en gran parte á los seres que habitamos este México tan amable y querido...



Allá en aquellas épocas en que gobernaban los virreyes y después las *audiencias*, en aquellas épocas en que los crímenes se sucedían horrorosamente, con grandes estragos, había innumerables horrores y todas las ciudades,—principalmente la de la Capital, donde residían los señores virreyes—tenían sus tribunales tremendos para castigar á montones de infelices...



Allá por el año de 1642 apareció y empezó el gobierno del Virrey don Juan de Palafox y

Mendoza,—hombre de un gran talento y de una instrucción vastísima.

¡Con decir á mis buenos amigos que el Vi-



rrey estuvo á punto de hacer crear reformas en México!

Acababa de sucederse el virreinato del famoso marqués de Villena, de aquel marqués que tuvo tanta conciencia en su poder que cuentan que en una noche de tempestad pudo ver dentro de un frasco de cristal á un endemoniado personaje que entre aspavientos pudo hacerle decir:

—SERENIDAD, SERENIDAD! EL PAPA ha muerto!

Oh! la muerte del *Papa!*

Cuando ese gran tronco colocado en lo más alto de todos los encumbramientos humanos hallose, como deben morir todos en el mundo y en la eternidad, cuando por fin se supo que el hombre que habitaba en México tuvo el sueño de la muerte de aquel *Papa...* se creyó que estaba loco el señor *Palafox* y otros le acusaron de demasiada inteligencia...

—¡Ah!... ¡Cómo! ¡Cómo!

Se decían los enemigos de aquel monarca, porque el Virrey de la Nueva España no era sino un ru n monarca—¿cómo un monarca, puede explicar y comprender lo que acontece con nuestro grandioso *Papa...* y eso compren-

dido y adivinado, antes de que el Omnipotente Pontífice sea elevado á la última mansión?

¿Y cómo también el pueblo pudo resistir aquello que muy bien pudo llamarse el gran encanto?...

. . . . .

¿Qué misterio era aquel?

¡El pueblo que habitaba la capital de la Nueva España no podía darse cuenta de tanta cosa que le parecía ser siempre como el eco de un grandísimo, de un colosal milagro!



¡Pobre marqués de Villena!...

Había entrado en México en el año de 1640, llegando con él el mismísimo Palafox, el mismo obispo de que venimos hablando á nuestros lectorcitos... ¡Pobre marqués!... tuvo la suerte

pésima de ser calumniado ante la Corte de España... ¿Y sabéis por qué?...

¡Por tener talento!

¡Siempre, amiguitos míos y en todos los pueblos se han condenado á los hombres de genio porque han sabido ser grandes, útiles y magníficos!

La culpa del marqués de Villena fué ser enérgico contra todos los que se oponían á las reformas que anhelaba... ¿Comprendéis?

¡Además el marqués de Villena amaba la Ciencia!

¡Y entonces, buenos lectores, la ciencia aparecía ante nuestros muy venerables antepasados como un verdadero efluvio del mismo Satanás!

Se tenían como brujas y espantables condenados á los individuos que tenían el atrevimiento de encerrarse en lo más hondo de sus habitaciones para ocuparse en el estudio y en la experimentación de cuantas maravillas y fenómenos pueden caer bajo el dominio del hombre!

¡Oh!... y esos mártires de la ciencia, esos fi-

lózofos que en medio de la ignorancia general del pueblo, esos valiente: dispuestos á sufrir



cuanta persecución pudiera caer sobre ellos...  
esos héroes y adalides que en aquellas negra-

ras, siendo hombres prodigiosos y magníficos, útiles y dignos de la inmortalidad... esos se llamaban por sus contemporáneos, contemporáneos todos ignorantes, odiosos, llenos de inmensas cóleras, estúpidos y que se decían representar con su hipocresía... la Religión, la Moral y la misma conciencia del pueblo y de la Nación!...

¡Lo que hizo perder más que todo al marqués Villena fué la persecución que tuvo contra los frailes...



El *diez y ocho* Virrey de México fué como lo enunciamos el obispo don Juan Palafox y Mendoza, quien fué como un astro magnífico en

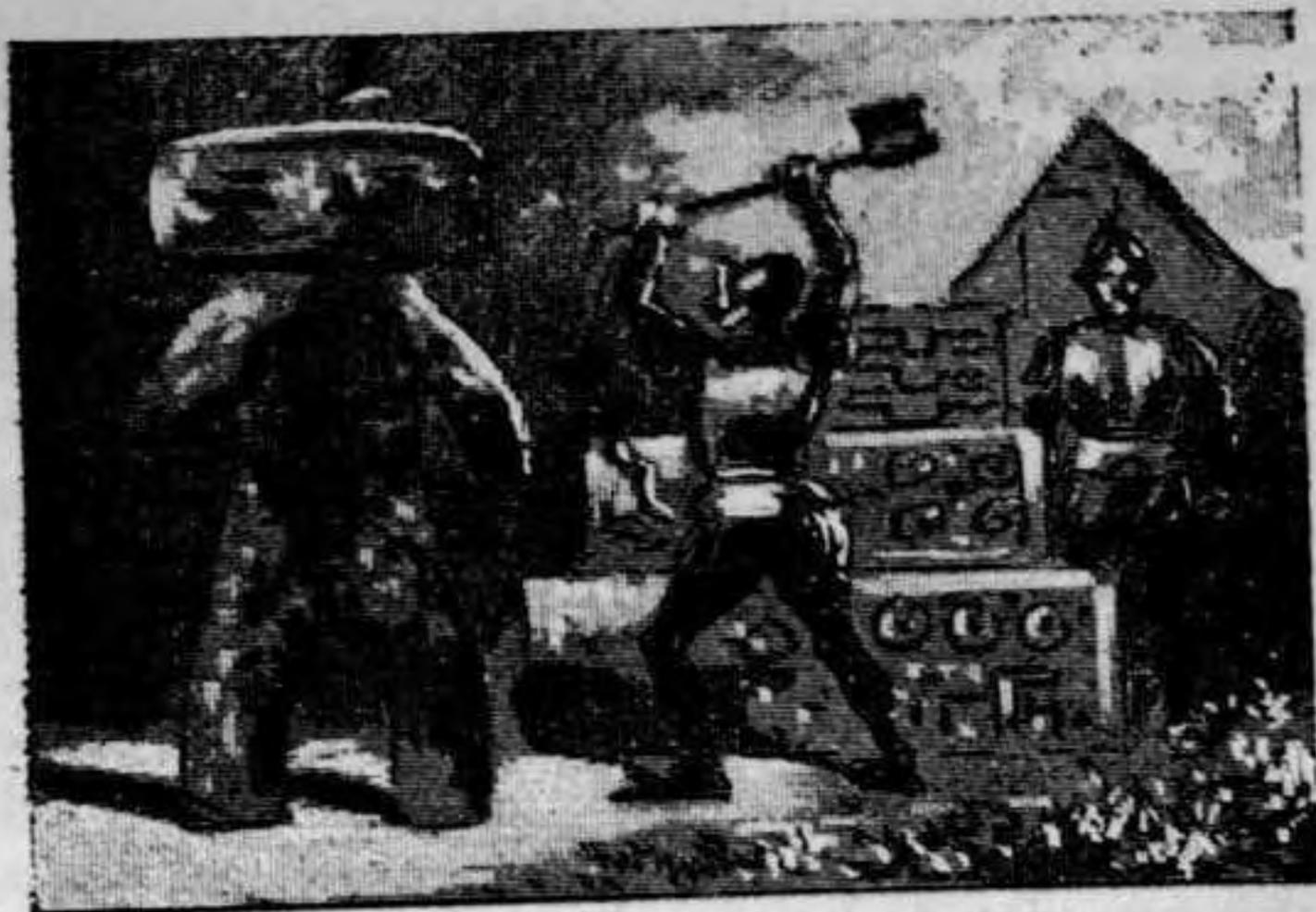
medio de tanta obscuridad como había en aquel virreinato donde todo era desorden, miseria en el pueblo desnudo... atrocidades sin cuento en todos los que mandaban una serie de atropellos por las plazas y las calles; estocadas á diestra y siniestra, robos y escalamientos... y sobre todo el asqueroso estado de servilismo y esclavitud imponderable en que se encontraba la desdichada raza indígena!

¿Que en resumen ese Virrey que representa como anunciamos un papel distinguido y otro en la serie de episodios que forman el medio de la historia ó de la Colonia española en el antiguo territorio de la Nueva España?

Ante todo el nuevo Virrey mandó destruir los ídolos que adoraban aún los indios de las comarcas que aun no podían sugetarse al tributo al rey de España... Además, hizo que los que fueron adictos al rey de España formasen una guardia de honor... ¡ay! que se acuchillaron los mismos guardias...

Sí... allá bajo las lamparillas que en las esquinas de las calles iluminaban á las imágenes que se ponían como edificantes recuerdos de

amor y de caridad bajo de aquellos farolillos  
amarillos lentos que apenas podían rasgar las ti-



nieblas en las callejuelas y encrucijadas, los  
mismos valientes soldados se batían á feroces

estocadas... y solían encontrarse cadáveres y más cadáveres...

¡Y eran la mayor parte de ellos pertenecientes á muy nobles personajes que dirimiesen como en todas sus contiendas... abriéndose el pecho y derramando sangre!

¿Y creéis, amiguitos, que por aquellos tiempos se creyó también en que un diablejo de tamaño de un chapulín saltaba y saltaba siempre en las noches por las calles de Tacaba?...

*¡Diablo de risa!*... así le llamaban en la época del carnaval... Y entonces el pueblo tenía que reír y que danzar, gritando miles de sandeces..

—*¡Diablo de horror negro!*—le solían nombrar cuando llegaban las épocas tristes del fin de año... Noviembre, Diciembre...!

—*¡Diablo de los engaños!*—le decía aquel buen pueblo cuando llegaba á México un Virrey que le parecía odioso y al que desde un principio manifestaba toda su antipatía...! ¡Cuántos cuántos, eran los diablos que iban interviniendo en todas las cosas de la vida social de México.

Por eso fué que al pobre marqués de Ville-

na se le acusara de haber comprado tantos... tantos demonios.

¿Creeis vosotros en esos diablillos que tanto se multiplicaron en aquellas épocas?

¿Será posible que no haya en la vida humana lo que llamamos genio, talento, poder y voluntad?...

¿Todos serán diablos?...

¡El marqués de Villena fué acusado de tener muchos diablos!...—¡ay! uno sobre todos que le serían para anunciarle los grandiosos acontecimientos.

¡Se le negó talento!

¡Pero tuvieron que admirar á su gran diabl !

\*

Luego van siguiendo en la Nueva España los virreyes complacientes... se sigue innudando

México cada dos, tres ó cuatro años... las comparaciones de los pobres y estúpidos negros traídos de Africa suelen poner pánico en la población y allá de cuando se sabe que en Europa muere un príncipe... y sucede que acaso años después se conmemora su muerte en los templos de México...

Los frailes multiplican sus conventos; los comerciantes españoles—únicos—¡los únicos por que los extranjeros tenían prohibición de comerciar á sus anchas, ganan y siguen ganando mientras los hacendados engordan cual aquellos señores feudales opulentos y soberbios, aunque no tan ricos como los que tenían los esplendidos negocios de las minas y las productivas encomiendas!...

¡Y sobre esta masa de gente sufrida, é indígena, trabajadora, que había entregado sus riquezas, resplandecía la explotación de los hijos del conquistador, apoyado por el gobierno de España...

¡Ay del que meditara siquiera un instante en la palabra ¡*Libertad!*

**Pero... ¡ay!... ay también de los que se opu-  
sieran á la fecundidad de aquel grito que iba á  
producir á los héroes de la Independencia Na-  
cional**

**FIN**